001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 1

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 2

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 3

STONE JUNCTION

HÉROES MODERNOS
II

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 4

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 5

Jim Dodge

Stone Junction

Una epopeya alquímica

Prólogo de
Thomas Pynchon

Traducción de
Mónica Sumoy Gete-Alonso

ALPHA DECAY

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 6

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 7

A mi hermano Bob, cuyo coraje y humor son una fuente constante de inspiración, aunque coja peces igual que coge las cartas.

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 8

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 9

Agradezco a las siguientes personas su ayuda, su aliento y su paciencia:

Victoria Stockley (primera, principal, y más), Patricia Sinclair, Leonard Charles, Lynn Millman, Richard Cortez Day, Jeremiah Gorsline, Gary Snyder, Freeman House, Jacoba, Jack Hitt, Melanie Jackson, Robert Funt, Jack Gilbert, T. J. Mullen, Jenny Berry, Morris Graves, Gary Fisketjon y Anne Rumsey (el tono y la tonada).

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 10

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 11

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Stone Junction. Una epopeya alquímica vio la luz en castellano en nuestra editorial en octubre de 2007 bajo el título *Introitus Lapidis*. Más de tres años después, hemos decidido recuperar esta novela del catálogo y relanzarla en la colección Héroes Modernos, con nuevo diseño de cubierta y un título más fiel al original en inglés. Las razones que nos han empujado a hacerlo no son más que el entusiasmo y la devoción pura que sentimos por este libro mágico. *Stone Junction* es posiblemente nuestro libro favorito de la editorial. Por diversos motivos, la obra no tuvo en 2007 la recepción que hubiera cabido esperar. Ahora queremos subsanar esto y volver a ponerla en circulación. Vamos a acompañar este segundo bautismo bibliográfico de toda la pericia editorial de la que somos capaces con el objetivo de que el libro llegue al mayor número de lectores en lengua castellana. Creemos firmemente que esta novela debe ser leída por todo el mundo. Creemos que has hecho o harás bien poniéndote cómodo y empezando a leerla. Estamos seguros de que esta experiencia va a ser muy valiosa para ti. Esperamos que Stone Junction signifique tanto para vosotros como ha significado para nosotros reeditarla y echarla a volar de nuevo.

LOS EDITORES

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 12

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 13

PRÓLOGO

THOMAS PYNCHON

Si admitimos la idea de que está mal emplear la fuerza contra quienes no la tienen, comienza a perfilarse un conjunto de corolarios bastante claro. Adquirimos la capacidad de distinguir, algo que la gente (aunque no siempre sus dirigentes) por lo general ha sido capaz de hacer, entre forajidos y malvados, entre ilegalidad y pecado. No se requiere un análisis excesivo, puesto que es algo que percibimos en su inexorable inmediatez. «Pero si no son más que bandidos», se quejan indignados los gobernantes, «movidos por la codicia». Desde luego. Sólo que, por conocer desde hace tiempo la diferencia entre «robo» y «restitución», comprendemos las cláusulas del pacto por el cual los forajidos, como agentes de los pobres, siendo más hábiles y expertos en las artes del reajuste kármico, pueden no cobrar más que los honorarios de un agente, lo bastante poco como para que sus clientes lo consideren aceptable y lo suficiente como para cubrir los riesgos que tienen que asumir, y siempre acabamos adorando a esos chicos, nos deshacemos por John Dillinger, Rob Roy o Jesse James con un grado de apasionamiento que por lo regular se reserva para la afición deportiva.

Stone Junction es una epopeya de forajidos para nuestra propia era tardía de romanticismo corrupto y honor defectuoso, con su propia tropa de usurpadores de baja estofa y persistencias jacobitoides, aunque conviene advertir al lector que espere encontrar nostalgias de los ochenta o, por piedad, un goce aún más antiguo por los placeres de las drogas, el sexo y el rock and roll, que en esta obra, no obstante y al margen de toda la diversión, acecha, representativo de los más sombríos intereses de ese siempre vibrante consenso y satisfecho

de autodenominarse «Realidad», un personal contractual profundamente malvado, que da lugar a giros del guión desagradablemente mortales. Uno de los múltiples deleites del libro es la elección del autor de no caer en ningún momento en la jerga melancólica, sino de quedarse, por el contrario, conscientemente anclado en nuestro mundo tal cual es, en el que, como nos recuerda Pam Tillis en un contexto ligeramente distinto, el destino gira como una moneda.

El otro día, por la calle, oí a un policía que iba en su coche patrulla pedir por el altavoz a un coche particular que le bloqueaba el paso que se apartara y le dejara pasar, dirigiéndose todo el rato al conductor del coche personalmente, por su nombre. Esto me sorprendió, aunque la gente a la que intenté contárselo no hizo más que encogerse de hombros, dando por sentado que, obviamente, el nombre del conductor (junto con su talla, peso y fecha de nacimiento) lo había facilitado el Registro de Matrícula de Vehículos por vía satélite tan pronto se había introducido en la terminal el número de la placa del coche, ¿qué tenía aquello de extraño?

Stone Junction se publicó por primera vez [en lengua inglesa] en 1989, hacia el final de una era en cierto modo todavía virgen del cibermundo que estaba precisamente a punto de estallarle encima. Sin lugar a dudas, existían ya bastantes ordenadores en esos tiempos, pero no estaban tan conectados entre sí como lo estarían poco después. Los datos que hoy por hoy son accesibles para todos sólo lo eran entonces para los autorizados, que no siempre sabían lo que tenían ni qué hacer con ellos. Aún había espacio para menearse, la web era tierra primitiva, sólo habitada por unos pocos rudos pioneros, algo locos y conocedores de los más pequeños detalles de su territorio. Reinaba el honor, las leyes no estaban escritas, los forajidos, por entonces indefinibles, eran pocos. Apenas había comenzado a surgir la pregunta de cómo rehuir, o preferentemente, cómo eludir totalmente la amenaza (o más bien la promesa) del control implacable que acechaba tras los bellos paisajes de libertad que los amantes de los ordenadores se imaginaban en aquellos tiempos, pregunta que todavía segui-

mos haciéndonos. ¿Hacia dónde podemos lanzarnos aún con todo el equipo y dirigir nuestros pasos? ¿Quién nos va a dar asilo? Si nos quedamos inmóviles, ¿qué nos queda que no esté de algún modo contaminado, captado y colonizado por las fuerzas de control, generalmente de tipo digital? ¿Conoce alguien el camino a la «República del Deseo» de William Gilson? ¿Lo dirían si lo supiesen? Etcétera.

Observarán ustedes en *Stone Junction*, junto con su don de profecía, una sistemática celebración de los aspectos de la vida que tienden a continuar estando movidos por el dinero y que se sitúan, por consiguiente y en gran medida, más allá del alcance de lo digital. Tal vez éste sea el único ejemplo de novela conscientemente analógica. Desde la época en que se publicó la novela, los escritores se han visto obligados a acusar recibo y a tratar de las ciberrealidades que, en grado cada vez mayor, incluso en los detalles más ínfimos, han venido a fijar las condiciones de nuestras vidas, a poner en tela de juicio la propia tradición del autor único y de la historia que avanza en forma de una escena detrás de otra (una situación que en aquel entonces Jim Dodge debió de ver llegar por la autopista, ya que la novela, en su espíritu de contradicción, mantiene la fe en la persistencia, cuando menos, de un mercado minoritario); quién sabe, incluso han puesto en duda la profunda necesidad humana de unos modos de vida cuyo valor reside en haber resistido a la tormenta digital y haber tomado la otra senda, y que podrían, por lo tanto, incluir empeños más honrosos que lo contrario.

Un método popular de resistencia siempre ha consistido sencillamente en seguir moviéndose, buscando no un lugar donde esconderse, seguro y fijo, sino un estado de ambigüedad dinámica respecto de donde nos encontramos en un momento dado, del tipo del principio de incertidumbre de Heisenberg. Sin embargo, las modernas máquinas digitales han conseguido enfocar rápidamente la borrosa hiperelipsoide de la libertad humana y la han situado de pleno en la Constante de Planck.

Igual de difícil para quien desea pasar por la vida de manera anónima y sin dejar huella resulta el pertinaz asedio con-

tra el refugio, antiguamente fiable, de la economía del dinero en efectivo o no plástico. Hubo un tiempo, no hace tanto, en que podías pasearte por cualquier gran avenida de los Estados Unidos cobrando cheques bancarios anónimos, llegar a una fila en la oficina de correos y girar cantidades de entre la gama de «importantes a alucinantes» a cualquier sitio, incluso al extranjero, sin ningún problema. Ahora el límite es de 750 dólares por operación, y va bajando. Todo para pillar a esos traficantes de droga, por supuesto, nada que ver con el feroz y sencillo deseo de detentar más información y más control que anida en el corazón de la mayor parte de los ejercicios del poder, sea éste gubernamental o empresarial (suponiendo que creáis en esa distinción).

Miras Windows 95 en la pantalla y te dices: «Magia». Pero para quienes entienden el sistema hasta su nivel molecular, no hay ningún elemento mágico, todo resulta ser simple y penoso trabajo repetitivo, al que incluso podríamos denunciar como un despilfarro de precioso tiempo de funcionamiento, si no fuese por el descubrimiento que hizo la tecnología sobre cómo aprovechar la situación de la velocidad que prevalece a escala infinitesimal (¡Niiiiiiiiiuuuuuuu!, es como la autopista interestatal allí abajo) y confiar los millones de tareas menores a sus veloces aparatitos nuevos.

Ahora bien, *Stone Junction* es precisamente fiel al otro tipo de magia, la verdadera, la magia de siempre, sin barreras, contraria a los hechos, con M mayúscula, no como un espectáculo accesorio, sino como un empeño voluntario –en este mismo mundo al que estamos condenados– de seguir dando señales (lecturas analógicas) de que estamos en el extranjero y trabajando, en algún sitio fuera y dentro de él.

La tentación fatal a que se expone un escritor de ficción que debe aceptar la presencia (a menudo necesaria) de la magia en su obra consiste en resolver las dificultades de argumento, carácter y (con más frecuencia de lo que suele suponerse) gusto, blandiendo en el momento oportuno algún artilugio, algún amuleto o droga *ad hoc* que simplemente resuelva cada problema a medida que se presenta. Afortunada-

mente para nosotros, Jim Dodge, por las reglas de su vocación, no puede permitirse ese lujo en concreto. La magia es en realidad un trabajo duro y honroso, y no puede desplegarse a voluntad, al menos no sin consecuencias. Buena parte de la evolución del carácter de Daniel Pearse se produce al ir aprendiendo el oficio y ganándose los poderes, lo que hace de *Stone Junction* una especie de novela iniciática de un mago, en la que los maestros, con métodos más o menos ortodoxos, se le aparecen a Daniel uno a uno, poseyendo cada uno de ellos habilidades particulares que transmitir, y relacionados todos ellos entre sí a través de la organización conocida como la AMO, la Alianza de Magos y Forajidos, una protoweb que tiende a conectarse más bien mediante teléfonos públicos, correo postal y percepción extrasensorial que por terminales interconectados, supervisada por el enigmático y no plenamente todopoderoso Volta.

Al tiempo que transcurre todo esto, se desarrolla un segundo guión, una historia detectivesca, en la que Daniel debe resolver la implacablemente telúrica pregunta de quién asesinó a su madre, Annalee Pearse, en un callejón de Livermore, California, cuando él tenía catorce años, historia que discurre completa, con múltiples sospechosos y falsas pistas, sin que se revele la identidad del culpable hasta las últimas páginas. La historia atraviesa un territorio de cierta complejidad moral, con pie firme como Chandler y elegantes giros al estilo de Agata Christie, mientras se va efectuando la educación de Daniel.

Wild Bill Weber enseña meditación, pesca y espera. Mott Stocker enseña sobre el mundo de las drogas, su producción y disfrute. El ladrón de cajas fuertes Willie Clinton (¡pues sí!) enseña al muchacho cómo superar todo tipo de candados y alarmas, convirtiéndolo así en semipermeable a ciertas zonas protegidas del mundo, y colocándolo en el camino de la desmaterialización total. Durante un tiempo, Daniel se asocia con el mago del póquer Bad Bobby Sloane, vaga por las carreteras americanas en busca de oportunidades de arriesgar capital de modos no siempre controlables oficialmente, lo que culmina

con un legendario enfrentamiento de póquer con el alegre bribón Guido Caramba, en un pasaje de póquer literario tan clásico como divertido, en el que el autor da muestras de su pasión por un juego en el que la apuesta moral es altísima, algo que lo hace comparable a algunas partes de *El Maestro de Go*, de Kawabata.

El genial transformista Jean Bluer enseña a Daniel las artes del disfraz, otra aptitud ilícita, puesto que ahora está prohibido hacerse pasar por policía, médico, abogado, asesor financiero y sabe Dios qué más; parece que algún día todas las variedades de disfraz serán constitutivas de delito, incluida la de hacerse pasar por un ciudadano corriente. Por último, Daniel cierra el círculo regresando a Volta, que para entonces se ha convertido, además, en uno de sus principales sospechosos de la muerte de Annalee, y que le enseña el secreto final de la invisibilidad. No se trata de los habituales trucos Wellsianos con índices de refracción y pigmentación sanguínea, sino de las artes consagradas que permiten dejar de ser material.

Finalmente, Daniel está preparado para acometer la búsqueda metafísica para la que lo han estado preparando todos estos maestros, y que ahora se desenvuelve velozmente, como una elaborada tecnoaventura que tiene como objetivo un misterioso diamante extraterrestre de casi tres kilos. Al ser esa época anterior a los dramas de teclado, descargas de emergencia y ciberfugas con implacables cronómetros en el ángulo de la pantalla, la tecnología que Daniel debe afrontar es fundamentalmente de tipo analógico: vigilancia óptica, sensores de galga extensiométrica y alarmas termostáticas, a la que responde con métodos no digitales como el gas neurotóxico, los explosivos plásticos y la invisibilidad.

Captura el diamante, y luego éste le captura a él, pues éste resulta ser el portal de un sitio diferente, y el relato de la vida de Daniel resulta ser el relato de la encarnación de un dios, no del tipo habitual que acaba por proporcionar ayuda y alivio a los poderes terrenales, sino el favorito de los escritores, el astuto sabio incorruptible que los antropólogos denominan «el pícaro», los alquimistas en activo, «Hermes», y los jugadores

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 19

de cartas de todo el mundo, «el comodín». No somos conscientes de ello hasta al final de la historia, y para entonces, conociendo a Daniel como hemos llegado a conocerle, podemos optar por entenderlo de forma literal, como una auténtica transfiguración, o como una descripción del estado mental inusualmente exaltado de Daniel en el momento en que se prepara para cruzar, para siempre, la encrucijada de la piedra o frontera entre arriba y abajo; llegados a este punto, todas estas posibilidades han adquirido la misma verosimilitud, porque hemos realizado uno de esos viajes literarios indispensables, transportados casi tan lejos como Daniel (aunque es él quien debe cruzar la última frontera) hacia aquello de lo que Wittgenstein suponía que no podía hablarse y sobre lo cual, como nos aconsejó Eliphaz Levi, después de «Saber, querer, osar» como última y principal regla de la magia, debemos guardar silencio.

THOMAS PYNCHON, 1997

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 20

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 21

Este libro es una obra de ficción.
FICCIÓN.
Si se cree otra cosa, asúmanse las consecuencias.

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 22

001-544 Stone_001-544 Introitus.qxd 17/12/10 12:30 Página 23

UNO

AIRE

Unam est vas.[1]

MARÍA PROFETISA

Daniel Pearse nació en un lluvioso amanecer, el 15 de marzo de 1966. No recibió un segundo nombre de pila porque su madre, Annalee Faro Pearse, estaba agotada después de dar con un primer nombre y un apellido, sobre todo con el apellido. Según sus más certeros cálculos, el padre de Daniel podría haber sido uno entre siete hombres. Annalee se inclinó por el nombre de Daniel por su sonido fuerte, y porque sabía que él debería ser fuerte.

Al nacer Daniel, Annalee era una huérfana de dieciséis años acogida por la Residencia Femenina de Greenfield, un centro de tutela de Iowa dirigido por las hermanas de la Santísima Virgen María, donde había sido internada por orden judicial tras intentar robar de la vitrina de una joyería una barra de plata de unos treinta gramos. Contó al agente que la detuvo que era una huérfana de la luna, y al juez le dijo que no reconocía la autoridad del tribunal para tomar decisiones sobre su vida. Se negó a colaborar y se limitó a dar su nombre: Annalee Faro Pearse. El juez la condenó a ingresar en Greenfield hasta que cumpliera dieciocho años.

En su segundo mes en Greenfield, Annalee confió su presunto embarazo a una de sus compañeras de habitación. Al día siguiente la hicieron presentarse ante la hermana Berna-

1. La frase latina puede tener varios significados: «La garantía es una sola» o «La vasija es una sola » o, si se prefiere, «El vaso es uno solo». *(N. de la T.)*

dette, una mujer de cincuenta años, bajita y severa, que ocupaba un despacho tan absolutamente vacío como su corazón, aunque ni con mucho tan adusto.

–Siéntate –dijo la hermana Bernadette. Era una orden, no una invitación.

Annalee se sentó en la silla de madera de respaldo recto frente a la mesa.

La hermana Bernadette escudriñó el rostro de Annalee durante medio minuto y a continuación desvió la mirada hacia su barriga. Un músculo tembló en su mejilla fláccida.

–Parece ser que estás embarazada –dijo impertérrita.

Annalee removió su cuerpo pesado en la dura silla.

–A mí también me lo parece.

–Te violaron –suspiró la hermana Bernadette–. El niño será dado en adopción.

Annalee hizo un gesto de negación con la cabeza.

–No me violaron. Me folló un hombre a quien yo amaba. Me gustó. Quiero el bebé.

–¿Y quién es el afectuoso padre?

–No lo sé.

La hermana Bernadette juntó las manos sobre la mesa y parpadeó lentamente.

–¿No lo sabes porque nunca has sabido su nombre, o porque hay demasiados nombres que recordar?

Annalee vaciló un momento, tras el cual afirmó con rotundidad:

–Las dos cosas.

–Entonces –la hermana Bernadette asintió con la cabeza y, de manera tajante, sentenció–, eres una furcia y una ladrona.

Annalee se levantó; sus ojos azules le centelleaban.

–¡Siéntate, furcia! –gritó la hermana Bernadette, dando una manotada contra el escritorio y poniéndose de pie–. ¡He dicho que te sientes!

Annalee, que medía casi un metro ochenta y pesaba poco más de sesenta kilos, le rompió la mandíbula a la hermana Bernadette al primer puñetazo, un derechazo que le propinó con toda su alma.

Annalee se pasó tres meses sola, recluida en lo que las chicas llamaban «los bloques», una hilera de minúsculos cobertizos de hormigón aligerado utilizados como ahumaderos cuando Greenfield era una granja de cerdos. En lo alto del perfil del techo había una serie de rendijas. La habitación de Annalee no tenía ventanas. Sus dependencias tampoco estaban especialmente bien equipadas, pues tan sólo había una cama hundida y un lavabo a punto de atascarse. Le servían dos comidas al día: invariablemente, una sopa clara, pan seco y una manzana blanca. Una vez por semana la dejaban ducharse, y una vez al mes visitaba al médico de Greenfield, un practicante chocho ya jubilado, cuya principal prescripción médica era hacer que sus pacientes saltaran desnudos en su despacho abriendo y cerrando las piernas.[2]

Por primera vez en su vida, Annalee empezó un programa diario de ejercicio que no la obligaba a saltar desnuda abriendo y cerrando las piernas para el chocheante doctor. El ejercicio la ayudó a superar la ranciedad del confinamiento y respondió a la sutil intuición materna de que tenía que ser fuerte para aquel nacimiento.

El régimen de ejercicios de Annalee le ocupaba unas dos horas diarias. El resto del día se lo pasaba soñando despierta, largos sueños en espiral. Una semana más tarde sintió cómo el bebé se movía en su interior por primera vez, y toda su atención empezó a centrarse paulatinamente en él. Utilizó la cuchara que le daban en las comidas, durante los escasos minutos entre la comida y el momento en que la bandeja era retirada, para grabar en las paredes lo que había aprendido del cobertizo: «La vida sigue.»

Cuando regresó a su dormitorio, fue recibida como una heroína. La hermana Bernadette todavía comía con una pajita, y corría el rumor de que iba a ser trasladada. A Annalee le traía sin cuidado el destino de la hermana Bernadette. Le

2. Esto es, les obligaba a dar lo que también se conoce con el nombre de «saltos del títere», que pueden consistir o bien en dar saltos con las piernas abiertas al mismo tiempo que se da una palmada sobre la cabeza, o bien en saltos de piernas abiertas con los brazos en cruz. *(N. de la T.)*

preocupaban el de ella y el de su bebé. La nueva madre superiora, la hermana Christine, que las chicas describían como «genial», le comentó que la hermana Bernadette había decidido no presentar cargos por la agresión.

–¿Por qué no? –inquirió Annalee.

Sorprendida ante el tono agresivo de Annalee, la hermana Christine se sentó más erguida aún en su mesa.

–Tal vez la hermana Bernadette halló algo de compasión en su corazón.

–Sólo si usted fuera capaz de encontrar un poco de compasión en una semilla de mostaza. Y si la hay, no es mucha.

La hermana Christine dijo en un hilo de voz:

–Me entristece oírte decir eso. He dedicado mi vida a Cristo porque creo en su divinidad y en su sabiduría. Lo fundamental de estas dos virtudes, que están en lo más hondo del corazón, es la posibilidad de perdonar.

Annalee se inclinó hacia adelante, consciente de su contorno voluminoso. Con el mismo tono de voz, dijo:

–Hermana, he dedicado la mitad de mi vida a sobrevivir porque la vida ha sido mezquina conmigo. El perdón es una pérdida de energía, puesto que no hay nada que perdonar. Creo en el buen sentido de las cosas como son y en las posibilidades del ahora mismo. Estoy embarazada. Tengo la intención de quedarme con el bebé. Es mi vida, y la única posibilidad real que tengo es asumir la responsabilidad por ello. Si me niega esa posibilidad, será la guerra, y saldremos en las portadas y en las noticias de las seis. «Niña abandonada demanda a una cárcel católica.» «Niñita huérfana por el asesinato o suicidio de sus padres reza cada noche deshecha en lágrimas: "Por favor, Dios, no dejes que se lleven a mi bebé, es todo lo que me queda."» Perdóneme, hermana, pero es así.

La hermana Christine, con los ojos brillantes de lágrimas, extendió las manos hasta el otro lado de la mesa y le apretó suavemente los brazos a Annalee, a la altura de los hombros.

–Oh, desearía que todas fueran como tú. Hay tantas que deben buscar a Dios, pero sólo unas pocas a quienes Dios debe encontrar. Haré lo que pueda, pero mi influencia fuera

de Greenfield es ínfima. Y de verdad creo que deberías tener en cuenta la posibilidad de la adopción, porque no vas a tener ninguna forma de mantener al bebé cuando te marches de aquí, en el supuesto de que por algún milagro te permitan quedarte en Greenfield con el niño: sin conocimientos, ni hogar, ni familia. Si crees que la vida ha sido mezquina hasta ahora, verás con un niño. Acabarás siendo una camarera de treinta años con hemorroides y un tercer marido, tan deprimida que las drogas no te harán nada, y con un niño que no te podrá ni ver.

–¿Cómo lo sabe? –preguntó Annalee con brusquedad.

–Porque lo he visto tantas veces que ya ni siquiera me rompe el corazón, o al menos no hasta que conozco a alguien como tú, tan fuerte, tan práctica.

Annalee cubrió las manos de la hermana Christine con las suyas.

–Le prometeré algo: si usted no me joroba, yo no le romperé el corazón.

A principios del último trimestre, Annalee rebosaba una tranquilidad absoluta y vital. Sus compañeras de habitación le profesaban un respeto reverencial. Sus actitudes y ademanes se suavizaron. Se aseguraron de que tuviera almohadas extras y toda la comida que quisiera. Le preguntaban emocionadas cómo se sentía. Annalee les contó que se sentía como si fuera otra persona, y que era lo más asombroso que se podía imaginar.

El nacimiento transcurrió sin complicaciones. Diecinueve horas más tarde, después de que la enfermera hubiera traído a Daniel para su tercera toma, Annalee salió de la cama de un salto, se vistió rápido y abandonó el hospital con Daniel acurrucado entre sus brazos.

Fuera lloviznaba, hacía frío, pero no era un frío gélido. Annalee giró a la izquierda y empezó a caminar calle abajo, buscando llaves en los contactos de los coches. La lluvia fina se hizo espesa. Envolvió al niño con más fuerza en la manta.

–Muy bien, pequeño –dijo–, allá vamos.

* * *

Mientras dejaba que la carretera acunara al bebé contra su pecho, Annalee cantaba con Smiling Jack Ebbetts,[3] el Camionero Cantarín, y se reían al pasar por la I-80 oeste en la acogedora y bamboleante cabina de su Kenworth 49. Annalee había robado un coche cinco manzanas más allá del hospital, pero tras decidir que era demasiado arriesgado quedarse con él durante mucho tiempo, lo había abandonado cerca de la interestatal y se había puesto a hacer dedo. En menos de un minuto Smiling Jack se acercó al bordillo, y habían recorrido ya unos ochenta kilómetros antes de que el motor del Ford robado se hubiera enfriado.

Smiling Jack Ebbetts no transportaba mercancías. Se ganaba la vida cantando en bares de carretera de todo el país, actuando cuando le apetecía o cuando la situación económica lo requería. Vivía en la caravana alargada que transportaba en su Kenworth. Ésta tenía una cocina pequeña, una acogedora sala de estar, una ducha estrecha y un lavabo, así como dos camas minúsculas en la parte trasera. Smiling Jack contó que el camión representaba un término medio entre su corazón hogareño y su alma vagabunda.

Smiling Jack, un treintañero, era tan jovial como su nombre insinuaba. La cinta de su sombrero de vaquero Stetson tenía una insignia descolorida de la primera guerra mundial y la hebilla de su cinturón, un par de dados rodantes. A Annalee en seguida le gustó. Cuando le preguntó qué estaba haciendo en la carretera con un bebé tan pequeño («parece que apenas lo hayan secado»), Annalee le expuso su historia. Al relatar que le había roto la mandíbula a la hermana Bernadette, dio dos largos bocinazos.

–¡Muy bien! –alardeó Jack en señal de admiración al terminar Annalee–. En mi opinión, dejaste las cosas claras. –Se acercó a ella y le dio unas palmaditas en los hombros–. Te irá bien. Tienes corazón, tienes cabeza y tienes el temple para dominar-

3. Literalmente, Jack Ebbetts «el Risueño». *(N. de la T.)*

los. –Volvió a centrar su atención en la carretera–. ¿Alguna idea de adónde os dirigís tú y aquí el amigo recién nacido?

–A California, supongo. No quiero pasar frío.

–¿Tienes a alguien allí?

–No.

–¿Algo de dinero?

–No.

–Ahora mismo estoy un pelín cansado –dijo Smiling Jack–, pero cuando lleguemos a Lincoln, quiero comprarle al pequeño Daniel algunos trapitos para su cumpleaños. Una camiseta y unos vaqueros y otras cosas. Y unos pañales.

–Eres muy amable –le respondió Annalee–, pero por favor, no te gastes más de lo que te puedas permitir.

Smiling Jack sonrió.

–Si no me lo gasto, ¿cómo sé cuánto me puedo permitir?

Smiling Jack le enseñó algunas de las canciones de su interminable repertorio, que cantaron mientras cruzaban el estado de Wyoming, al pasar por Evans y Salt Lake City. Mientras el gran motor diesel los transportaba por los terrenos salinos hacia Nevada, componían melodías. Daniel dormía entre ellos en el asiento o bien mamaba.

Annalee y Smiling Jack cantaron juntos durante tres noches en un bar de Winnemucca, al que siguió un concierto de fin de semana en un pequeño club de Reno. Smiling Jack le dio a Annalee el cuarenta por ciento de lo recaudado y pagó todos los gastos. Cuando cruzaron Donner Pass y pasaron por California, Annalee tenía un cochecito usado, una vieja sillita que apenas rodaba y setenta y cinco dólares en el bolsillo de sus vaqueros del Ejército de Salvación.

Aquella tarde se detuvieron al este de Sacramento. Annalee lavó los pañales en una lavandería automática mientras Smiling Jack cambiaba el aceite del camión. Cuando estuvieron de nuevo en la carretera, Smiling Jack dijo:

–Hace un momento, apretado bajo el camión y mirando cómo las gotas caían en el platillo, estaba pensando que quizá tenga una propuesta que haceros a ti y al chico. Verás, tengo un rancho destartalado de camino al infierno y a las afueras de

Spring Ridge, que está a unos doscientos cuarenta kilómetros en línea recta al norte de San Francisco, a unos tres kilómetros hacia el interior desde la costa. Mi tío lo ganó jugando a las cartas allá por los años treinta: un póquer de doses[4] contra un full de ases. La mano no era nada del otro mundo, pero como dijo tío Dave, más que suficiente para arrasar con todo. Tío Dave me lo dejó en herencia cuando la espichó hace cinco años. Tiene unas ochenta hectáreas, una gran cabaña de madera de secuoya vieja, corre aire fresco y agua pura de manantial. El vecino más cercano está a once kilómetros por senderos de tierra, con lo cual tu vida social resulta inexorablemente limitada, pero puede ser justo el lugar para evadirse un tiempo hasta que el viento amaine, no sé si me entiendes. Yo no soporto el rancho porque siempre está en el mismo sitio y los impuestos salen directamente de mi bolsillo, así que, si te interesa, estoy de humor para hacer un trato. El alquiler serían los impuestos y el mantenimiento; podéis quedaros tanto tiempo como queráis. Los impuestos ascienden a 297 dólares al año y ya están pagados hasta el próximo mes de enero. Si quieres intentarlo, la vida en el campo es perfecta para los niños. Y si todavía estás ahí la próxima vez que pase, tal vez tenga un trabajo que te haga ganar algo de dinero. Hasta entonces, estarás tú sola. ¿Qué me dices?

–Gracias.

Smiling Jack soltó una carcajada.

–Qué demonios, te lo mereces, cariño. No te sientas obligada.

El Kenworth de Smiling Jack era demasiado grande para que pasara por la estrecha carretera plagada de baches, de modo que anduvieron el último kilómetro y medio hasta el rancho, turnándose para llevar a Daniel. Un póquer de doses abierto estaba clavado en la puerta de la cabaña; las cartas estaban tan descoloridas por el sol que parecían ser de color

4. En inglés, a un póquer de doses se le llama «*four deuces*», nombre que se dará al rancho en honor a este hecho, como se leerá a continuación. *(N. de la T.)*

blanco. La cabaña estaba adornada con telarañas y repleta de excrementos de ratas, pero nada que una escoba y un estropajo no pudieran arreglar. El techo de la cabaña se hundía por el peso de una rama gruesa que una tormenta había arrancado a un manzano cercano, pero toda la construcción se aguantaba con tres cuerdas de roble seco. Smiling Jack le enseñó dónde se guardaba el queroseno y cómo rellenar y despabilar las lámparas. La instruyó sobre cómo utilizar el hogar y la nevera de propano, sacó ropa de cama de un viejo arcón de marinero y lo dejó prácticamente todo en orden. Fuera, en el porche, bajo la cálida luz del sol, compartieron la comida: el pan de levadura y el queso que habían comprado la tarde anterior en San Francisco. Después de comer, Smiling Jack les dijo adiós con la mano y se fue en dirección a la carretera, hacia su camión.

Daniel rompió a llorar. Annalee se desabrochó la blusa y le dio el pecho. Daniel lo apartó y lloró todavía con más insistencia. Annalee tenía dieciséis años; Daniel, apenas dos semanas. Era el Día de los Inocentes.[5] Se hallaba en algún lugar de California donde abundaban las corrientes de aire, en una cabaña con un techo inestable, construida por un pastor en 1911, y sin nada que comer excepto algo de pan, queso y unas pocas latas oxidadas de cerdo con judías que había en el armario. Tenía sesenta y siete dólares en el bolsillo.

–Tienes razón –dijo gimoteando al berreante Daniel, y también ella estalló en lágrimas. Después se puso manos a la obra.

Diez días más tarde, tras enmasillar la cabaña, dejarla impecable y conectar el agua, Annalee hizo autoestop de camino a San Francisco con Daniel en sus brazos. Les llevaron tres coches y doce horas. Pasaron la noche en un piso de okupas de la calle Haight, donde una mujer de unos veintipocos años, que se hacía llamar Isis Parker, le ofreció un canuto, así como la posibilidad de utilizar la American Express de su padre.

5. En el original, «*April Fool's Day*», festividad tradicional anglosajona que literalmente significa «el día de los tontos», parecida al «Día de los Inocentes», aunque se celebra el 1 de abril, por lo que ha de entenderse referida a esta fecha. *(N. de la T.)*

A la mañana siguiente, Annalee echó un vistazo a los canguros en los clasificados del *Chronicle*, hizo unas llamadas, se decidió por una mujer de voz melodiosa, cogió el autobús, entregó a Daniel y se fue al centro de la ciudad, a abusar de la tarjeta de crédito del padre de Isis. Compró a Daniel un montón de ropa. Ella se quedó con un elegante traje de tweed, un bolso y unos zapatos a juego, tres pares de medias y una blusa de seda gris.

Aquella tarde, una mujer joven, alta y bonita (una niña, en realidad), vestida con un elegante traje entallado, paró a un corredor de bolsa de mediana edad a la salida de Bullock & Jones.

–Dis-disculpe –tartamudeó–, pero... me acaban de robar el monedero y... –titubeó, ruborizada, y continuó, armada de valor–, tengo que comprar unas compresas.

¡Zas! Cien dólares por tarde. Normalmente trabajaba en el distrito financiero, y procuraba escoger hombres cincuentones bien vestidos, pues solían disimular su vergüenza con generosidad. Unos pocos declinaban, en general se marchaban caminando sin articular palabra. Uno se desmayó. Nunca lo intentó con mujeres. Eran demasiado listas.

En conjunto, era el truco perfecto, era tan bueno que incluso su fracaso más estrepitoso resultó ser su mayor éxito. Una fría tarde de octubre se acercó a un hombre atildado de pelo canoso cuando abandonaba el Clift Hotel. Éste escuchó atentamente sus penas, buscó su cartera al momento y le alargó un billete de cien dólares. Annalee nunca había visto uno. Contó los ceros dos veces.

–Le traeré el cambio –consiguió decir, pensando casi que se lo traería.

–Tonterías –el hombre sonrió con un aire burlón–. Quédate con la vuelta después de comprar las Kotex,[6] que imagino que te costarán cien dólares. Es un chanchullo excelente. Hoy en día el talento escasea y hay que promoverlo. Además,

6. Kotex es una marca estadounidense de compresas y de otros productos de higiene femeninos. *(N. de la T.)*

acabo de ganar ocho de los grandes en una mano de póquer y me gusta que el dinero circule.

–Bueno, los cojo, vaquero –Annalee se rió. Cuando recogió a Daniel todavía se estaba riendo.

Normalmente recorría la ciudad una vez al mes. Al principio sólo trabajaba por la tarde, pero cuando destetó a Daniel, lo solía dejar a cargo de una canguro que lo cuidaba durante dos o tres días, se iba a la calle Montgomery y pasaba tardes y noches con jóvenes artistas en la Haight fumando hierba y bebiendo vino. Le atraían los poetas y los saxofonistas, pero no se limitaba en absoluto exclusivamente a su compañía. Nunca llevó a ninguno de ellos a casa.

Annalee y Daniel pasaron el resto del mes en el rancho. Annalee había comprado un arma de un solo tiro del calibre 22 con sus ganancias y de vez en cuando mataba un ciervo o un jabalí; congelaba cuanto podía embutir en la diminuta caja del congelador y secaba o hacía conservas con lo demás. Había un gran jardín y una docena de pollos y patos. El viejo huerto todavía daba frutos, y en el cercano río Cray Creek había truchas pequeñas todo el año; en otoño, llegaban el salmón y las truchas arco iris. Annalee trabajaba duro, pero vivían bien y compraban lo poco que la tierra no les podía proporcionar.

Annalee se pasaba las tardes leyendo libros de la biblioteca que sus amigos poetas le habían recomendado, o tocando la vieja guitarra que había encontrado debajo de la cama, inventándose canciones para entretener a Daniel. De hecho, «canción» fue su primera palabra. Pero tres años más tarde ya hablaba lo bastante bien como para irrumpir emocionado y anunciar: «Mamá, alguien se acerca.» Por fin Smiling Jack había vuelto.

Annalee y Jack se saludaron en el porche entre gritos y abrazos. Smiling Jack apenas había cambiado: su pelo era un poco más canoso y las arrugas que le salían alrededor de los ojos al sonreír acaso eran más pronunciadas. Pero Annalee había cambiado de pies a cabeza: a sus diecinueve años era una mujer fuerte, fornida y salvaje. Se movía con gracilidad y garbo y miraba directamente a los ojos de la gente. Smiling Jack

estaba impresionado. La cogió a la altura del brazo y prorrumpió:

–Dios bendito, por Dios, niña, pero si estás un novecientos cuarenta y siete por ciento mejor que la última vez que te vi. La vida en el campo te sienta bien.

Annalee se rió, se echó el pelo hacia atrás y le dijo a Daniel, que estaba de pie en la entrada:

–Éste es Smiling Jack Ebbetts, el hombre que nos deja estar aquí.

–Hola –dijo Daniel.

–Encantado, Daniel –Smiling Jack extendió la mano, que Daniel se quedó mirando titubeante antes de estrechar–. Dudo que recuerdes a este viejo loco del carajo, porque todavía no tenías ni un mes cuando os saqué a ti y a tu mamá de la fría carretera I-80, justo a las afueras de Des Moines, y os traje aquí para ocuparos de Four Deuces, pero yo sí que me acuerdo de ti y de nuestro largo y agradable viaje hacia la costa.

–Yo no me acuerdo de ti –dijo Daniel.

–No hay muchas personas que recuerden gran cosa de la época en que eran bebés.

–Cierto –añadió Annalee–, pero cuando la mayoría de la gente dice que volverán dentro de unos meses no se retrasan tres años.

–Tenía que ver si iba en serio que querías sacar esto adelante.

Annalee cruzó los brazos a la altura de los pechos.

–Todavía estamos aquí.

–Bien –Smiling Jack agitó la mano con desdén–, estaba bromeando, nunca he tenido la menor duda. Lo que ocurrió fue que me vi envuelto en toda clase de asuntos familiares en Florida y más tarde, de camino a casa, he descubierto un juego genial de cartas en Waco, el truco de las tres cartas.[7] He perdido mi camión siete veces.

Annalee asintió con la cabeza:

7. El truco de las tres cartas consiste en adivinar cuál de las tres cartas puestas boca abajo es la reina. *(N. de la T.)*

–¿Y cuántas veces lo has vuelto a ganar?

–Unas ocho o nueve –dijo Jack, sonriendo de oreja a oreja–, además de suficiente dinero para forrarme.

–Pues bien, pasa adentro –dijo Annalee, haciendo señas hacia la puerta–. Te ayudaré a contarlo.

Smiling Jack le comentó otra propuesta a Annalee cuando acabaron de comer.

–A unos amigos y a mí se nos ha ocurrido utilizar este sitio como refugio y...

–¿Qué quieres decir con «refugio»? –lo cortó Annalee.

–Supongo que tan sólo es una palabra rimbombante para referirse a guarida, un lugar seguro.

–¿Huyen de la ley?

–En general –contestó Jack, asintiendo con la cabeza–. Aunque no siempre. Algunas veces tan sólo descansan.

–¿Y la propuesta?

–Quiero que lo lleves tú. Que atiendas a la gente.

–¿De verdad tienes ocho o nueve camiones? –interrumpió Daniel, estirando de la manga a Smiling Jack.

–No, socio, sólo uno. Un Kenworth 49 con motor diesel.

–Querría dar una vuelta en él.

–Estás invitado, pero tendrás que esperar un poquito. Ahora mismo tu mamá y yo estamos haciendo negocios.

–Vale –dijo Daniel, y se marchó afuera.

Smiling Jack se volvió hacia Annalee:

–Cobrarías mil dólares al mes, además del alquiler gratis, independientemente de que el lugar se utilice, y la mayoría de las veces no se utilizará.

–¿Con qué clase de gente trataré?

–Con la mejor –por el tono de su voz parecía una promesa.

–¿Qué ocurre si alguien encuentra a estas personas que están buscando? No quiero que Daniel corra ningún riesgo.

–No te lo puedo garantizar. Todo lo que te puedo decir es que no vendrán hasta que todo esté muy tranquilo. Será como el penúltimo paso, una parada mientras se fragua el paso final.

–¿Cuánto estoy autorizada a saber de esta gente?

Smiling Jack se encogió de hombros.

–Todo lo que ellos te cuenten.

–Y «que atiendas a la gente». ¿Qué quiere decir exactamente?

–Comprar, cocinar, hacerles compañía si lo crees necesario.

–¿La mayoría son hombres?

–No lo sé.

–¿Qué hay de los niños?

–Puede que los haya. Lo cierto es que no lo sé.

–No podría hacerlo durante mucho tiempo. Daniel debería empezar la escuela dentro de unos años.

Smiling Jack dejó de sonreír.

–¿Vas a llevarlo a la escuela? Allí no va a aprender nada, salvo cómo llevarse bien con otros niños en situaciones totalmente anormales. Precisamente fuera de esa puerta se encuentra la mejor educación del mundo. Pero demonios, haz lo que creas que es mejor, no me escuches. Soy un reaccionario duro de mollera. Si se hiciera a mi manera, ningún niño aprendería una sola palabra abstracta hasta que tuviera diez años. No tendrían las cabezas tan jorobadas.

–Pensaré en lo de la escuela, pero no puedo prometer que nos quedaremos. Lo haré por mil al mes durante dos años, eso seguro, pero después seremos libres de irnos.

La sonrisa de Smiling Jack volvió a asomarse en su rostro.

–O libres de quedaros. Podemos rematar los detalles más tarde. Sólo necesitaba saber si estabas interesada. No me imaginaba que lo estarías, pero he traído un montón de madera para construir una casita de invitados al pie de la montaña. Tres en esta casa son multitud.

–¿Qué habrías hecho si hubiera dicho que no?

–Dejarte aquí y buscar otro lugar.

–¿Y qué te hace pensar que en un segundo de frialdad no traicionaré a esta gente por dos mil dólares?

–Si creyera que los ibas a vender por dos millones, no estaría hablando contigo.

–Jack, si tus amigos delincuentes son la mitad de bonda-

dosos que tú, te devolveré los mil dólares al mes y estaremos en paz.

–«Forajidos» –puntualizó Smiling Jack–. No «delincuentes»: «forajidos». Mi amigo Volta dice que hay una diferencia importante. Los forajidos sólo hacen el mal cuando creen que está bien; los delincuentes sólo creen que hacen el bien cuando hacen el mal.

Aquella noche, después de que Jack se hubiera marchado a dormir a su camión, Daniel le preguntó a Annalee:

–¿Todavía podemos vivir aquí?

–Claro, y el tiempo que queramos. Pero de vez en cuando tendremos compañía, amigos de Jack que se pasarán por aquí.

–Dijo que se estarían escondiendo.

–Bueno, descansando, en realidad, esperando a seguir su viaje.

–¿Por qué se están escondiendo?

–Porque son forajidos.

–¿Nosotros somos forajidos?

Annalee lo meditó un instante.

–Supongo que yo lo soy. En cuanto a ti, es algo que tú deberás decidir cuando llegue el momento.

–¿Cuándo llegará el momento?

Annalee rodeó los hombros delgados de Daniel con su brazo de piel morena y lo abrazó contra sus caderas.

–Eres un buen chico, Daniel, pero tienes que dejar de incordiarme con todas estas preguntas que a duras penas puedo contestar respecto a mí misma, y menos respecto a ti. Hay muchas cosas que tendrás que solucionar por ti mismo. En eso consiste la mitad de lo divertido de estar vivo.

–¿Y la otra mitad?

–En cambiar de idea.

–¿Es tan divertido como dar una vuelta en el camión de Smiling Jack?

–Eh –vaciló Annalee, aferrándolo con más fuerza–, «divertido» es «divertido».